

marineros. Hay también enanos con picos de ave, monstruos de forma humana con dos cabezas, de las cuales la una ríe y la otra llora, allá cerca el cielo, en una meseta desierta, en la nube, allá donde no hay nada que haga reír ni llorar. Hay miembros de gigante, *disjecti membra gigantis*; aquí la rodilla, allí el torso y el omoplato, la cabeza más lejos. Hay un ídolo barrigudo, con hocico de buey y collares al cuello y dos pares de brazos gruesos y cortos, detrás del cual extensos matorrales se agitan á guisa de espantamosca. Hay un sapo gigantesco acurrucado en la cima de una alta colina, jaspeado por los líquenes de manchas amarillas y violadas, que abre una boca horrible y parece soplar la tempestad hacia el Océano.

IX

AL REDEDOR DE PASAJES

PASEOS POR LA MONTAÑA.—ESCRITO AL PASO

I

3 de agosto.—A las 3 de la tarde.

Paseándome por la rada, he divisado una especie de ruina en la cumbre de una montaña. Esa ruina no presenta en modo alguno la silueta de una ruina antigua. Es una demolición moderna y probablemente reciente. Los ingleses, durante su permanencia en Pasajes; los carlistas y los cristinos, durante la última guerra, construyeron algunos fuertes en las alturas; será sin duda alguno de esos fuertes que habrán sido derribados después. Voy á visitarlo.

Subo á la montaña. Hay aparentemente un sendero; mas yo no lo conozco. Voy á la ventura á través de las retamas. La ascensión es larga, casi á pico, muy penosa. A mitad de la cuesta me siento en los pedruscos.

El horizonte se ha levantado, el mar aparece allá

abajo. Las esquilas de las cabras que pastan en el precipicio llegan hasta mí. Veo junto á mi pie un hermoso insecto verde manchado de oro.

Reanudo el escaló del monte. La cima se encorva y se redondea; va siendo más asequible.

Llego á la ruina. Una chimenea de piedra ennegrecida por el humo se yergue por encima de la muralla.

Inmenso montón de sillares demolidos. Foso lleno de cascajo. Yo escaló las piedras.—Están mezcladas con tejas y ladrillos rotos.—Ya estoy en la cumbre.

Vía para arrastrar cañones, empedrada, completamente nueva y que parece hecha de ayer.

La hierba, empero, crece entre las juntas del empedrado.

Entro en el primer edificio. Estancia cuadrada de piedra. Pared gruesa y sólida. Tres aspilleras sobre la casa de paso. En medio una enorme chimenea de piedra y ladrillo, cuyo tubo había visto antes, casi destruída, de aspecto extraño. Varios compartimientos de ladrillo, cúbicos y circulares; probablemente un horno para enrojecer las balas. El interior no es más que un montón de escombros. Ningún ruido humano llega hasta aquí. No se oye más que el viento y el mar. Empieza á llover. Las piedras ruedan bajo mis pies. Salgo con dificultad.

Segunda estancia cuadrada de unos diez pies en todos sentidos, semejante á la primera. Tres aspilleras sobre la aldea. Una ventana sobre el mar. Una viga en una abertura; está carcomida; tomo un pedazo. Dos cuartitos más sin ventanas; uno de ellos completamente ennegrecido por el humo. Dibujo el plano, apoyado en el borde de la pared. Madera quemada confundida con los restos. Las tres estancias carecen de techo; ni siquiera quedan vestigios de él.

Entro en el segundo edificio. Una gran sala, menos llena de escombros, con una pequeña chimenea

en el fondo. Al lado un cuarto menos grande; aquélla y éste cuadrados. Todo está descuajado, destruído, derrumbado. Algunos asquerosos insectos escapan bajo las piedras que levanto con la contera del bastón. La lluvia aumenta. La niebla cubre el mar y la campiña. Voy á bajar.

Me decido á subir al resto de la ruina. Montón de piedras que ha debido ser un tercer cuerpo de edificio. Detrás de ese montón, un pequeño campo cultivado de doce pies cuadrados, cubierto de trozos de madera quemada. El foso limita el campo y rodea los tres edificios. Llueve á cántaros. Fómase una especie de noche. La bruma se hace más densa por momentos. Todo desaparece en torno mío. No veo más que las ruinas, la vía empedrada y la meseta. No podré reconocer el camino y me perderé entre las asperezas. ¡A la voluntad de Dios!

Una magnífica mariposa acosada por la lluvia viene á refugiarse delante de mí, sobre una piedra. Tiene menos miedo de mí que del temporal. Voy bajando al azar. Ha aclarado un poco. La lluvia disminuye, vuelve la claridad. Veo la pequeña rada. Está poblada de barquichuelos de pescadores á cuatro remos que corren por el agua. Desde la altura donde estoy, la rada llena de barquillas figura una charca cubierta de arañas de agua.

4 de agosto.—A las 2 y media, en la montaña.

Naturaleza desolada. Viento furioso. Pequeña bahía estrechamente encerrada entre los cabos del paso.

El oleaje se rompe con furor en un banco de rocas que cierra á medias la bahía y que la marea baja deja al descubierto. Allá abajo, la alta mar aparece sombría y agitada. Cielo de plomo. El sol y la sombra vagan por encima de las olas.

A lo lejos, una trincadura de Fuenterrabia lucha, con ambas velas al viento, por entrar en la bahía. Enfila el paso. El oleaje la sacude con violencia por delante y por detrás; cada ola la levanta, luego la arroja en vilo en el líquido precipicio, que se hincha y levanta otra vez la barca. Hace un momento, un cabrero me decía en la montaña: *Iguraldia gaiztoa* (1). He aquí la barra; toca casi los escollos que el mar cubre de espuma. Los palos se inclinan, las velas se estremecen. Y pasa. Ya ha pasado. Una cigarra canta en la hierba á mi lado.

A las 3, en la pendiente del precipicio.

Rocas descarnadas como calaveras. Matorrales. Clavo mi bastón en tierra y escribo de pie. Flores por todas partes, y langostas de mil colores, y las más bellas mariposas del mundo. Oigo reir debajo de mí, en el abismo, á algunas muchachas que no veo.

Una de las rocas que tengo ante mí presenta un perfil humano. Lo dibujo. La mejilla parece haya sido devorada, igual que el ojo y la oreja, y se diría que queda al descubierto el interior del pabellón de la trompa. Enfrente de esta roca y más arriba, otro peñasco representa un perro dogo. Diríase que ladra al mar.

(1) En vascuence, mal tiempo.

A las 5.

Estoy en una punta de roca á la extremidad de un cabo. He dado la vuelta á la roca subiendo por las asperezas. Ponía las manos y los pies, para trepar, en esos agujeros extraños de que está acribillada la roca de esta ribera y que parecen huellas de enormes suelas. Así he llegado hasta una especie de repisa con dosel que forma un saledizo sobre el abismo. Me siento en ella; mis pies cuelgan en el vacío.

El mar, nada más que el mar.—¡Magnífico y eterno espectáculo! Blanquéase, allá abajo, por entre unos negros peñascos. El horizonte es brumoso, aun cuando el sol me tuesta. Siempre el vendabal.—Una gaviota vuela majestuosamente en el abismo, á cien toesas debajo de mis ojos.

El ruido es continuo y grave. De vez en cuando, se oyen repentinos estallidos, como caídas bruscas y lejanas, de algo que se derrumbara; luego son rumores que semejan una multitud de voces humanas; parece que se oiga hablar á una multitud.

Una franja de plata, estrecha y radiante, serpentea hasta perderse de vista junto á la costa. Detrás de mí, una gran roca de pie figura un águila inmensa que se baja hacia el nido, con ambas zarpas puestas sobre la montaña. Sombría y soberbia escultura del Océano.

A las 6.

Aquí me tenéis en la punta misma de una alta montaña, en la cima más alta que he alcanzado du-

rante el día. También aquí me ha sido preciso escalar con las manos y las rodillas.

Descubro un inmenso horizonte. Todas las montañas hasta Roncesvalles. Todo el mar de Bilbao á la izquierda, todo el mar de Bayona á la derecha. Escribo esto apoyado en un peñasco en forma de cresta de gallo que hace la extrema arista de la montaña. En esta roca, alguien ha grabado profundamente con el pico tres letras á la izquierda:

L. R. H.

y dos letras á la derecha:

V. H.

Al rededor de esta roca, hay una pequeña meseta triangular cubierta de matas secas y rodeada de una especie de foso sumamente áspero. No obstante, divisó en una grieta una linda flor de brezo rosa. La cojo.

A las 7.

Otro castillo mucho más grande que el de ayer. Mil insectos me importunan. Ya estoy en el recinto, después de haber escalado el foso. Gran cuadrado de murallas de piedra, coronadas por una muralla de tierra, todavía en pie aquí y allá, y que la hierba cubre. Cuatro pastores vascongados, con boina y chaqueta encarnada, duermen á la sombra en el foso. Un perrazo blanco duerme en lo alto del muro.

Restos de estancias. En una de ellas, huellas visi-

bles de una chimenea arrancada. En medio del gran recinto, otro más pequeño, uno de cuyos ángulos aparece quemado y ennegrecido por el humo. Detrás de este pequeño recinto, una azotea á la que da acceso una escalera de cuatro peldaños.

Uno de los pastores se ha despertado y se acerca á mí. Yo le digo con grave ademán: *Jaincoa bero-rrecrequin* (1). Aléjase sorprendido.—Ha ido á despertar á los demás;—yo veo por entre las aberturas que me miran con ademán singular.—¿Es ademán de inquietud? ¿Es de amenaza? No sé; puede que ambas cosas. Yo no llevo más arma que mi bastón. El perro también se ha despertado y gruñe.

Un maravilloso tapiz de verde césped, espeso como una pelliza, sembrado de un millón de margaritas y de camomilas en flor, invade la ruina hasta en los últimos rincones.

Voy á subir á la azotea.

Ya estoy. Me siento en lo alto de la pared de ladrillos secos. Detrás de mí el mar, delante de mí un círculo de montañas. A mi izquierda, divisó á lo lejos, en una cumbre que toca á las nubes, el fuerte demolido que visité ayer; á mi derecha más lejos todavía, el fuerte Wéllington y la antigua torre del faro más allá de San Sebastián. En una hondonada, el valle de Loyola; en otra hondonada, el valle de Hernani.

Uno de los pastores acaba de acercarse otra vez á mí: yo le he mirado fijamente y ha escapado gritando: —¡Ahuatlacouata! ¡ahuatlacouata!

Voy á bajar.

(1) Dios sea con vos.

Bajando.

Espectáculo que me recuerda el que vi ayer. Un pequeño triángulo de agua engastado en un enorme círculo de montañas; y en esa agua algunos pulgones. Esa agua es la bahía; esos pulgones son los navíos.

III

5 de agosto, á medio día.

Siguiendo constantemente el camino que corre á mitad de la montaña, después de haber pasado el castillo, su garita y su centinela, encuentro un lavadero.

Ese lavadero es la más agradable caverna que existe. Una roca enorme, que es una de las aristas salientes de la montaña y que se prolonga muy por encima de mi cabeza, forma allí una especie de gruta natural. Esa gruta destila un manantial cuya agua cae con abundancia, aunque gota á gota, de todas las grietas de la bóveda. Parece una lluvia de perlas. La entrada de la gruta está tapizada de una vegetación tan rica y tan tupida, que es como un enorme pórtico de verdura. Toda esa verdura está llena de flores. En medio de las ramas y las hojas, un largo tallo de hierba forma una especie de acueducto microscópico y sirve de conducto á un hilillo de agua que lo

recorre en toda su longitud y cae por su extremidad, redondeándose en el fondo obscuro de la gruta, como un hilo de plata. Un charco de agua límpida, contenida por un parapeto, llena toda la gruta. Las piedras sin argamasa dan salida al agua que se escapa por entre los guijarros.

El sendero pasa á alguna distancia del parapeto, del que está separado por una ancha y fresca alfombra de berros. Vese el agua á través de las hojas y se oye murmurar la fuente bajo la verdura. Si volvemos la cabeza, distinguimos la bahía de Pasajes y al horizonte la pleamar.

Tres mujeres, con las piernas en el agua hasta las rodillas, lavan la ropa en el lavadero. No puede decirse que la golpeen, sino que la sacuden. Su procedimiento consiste en fustigar violentamente, con la ropa que tienen en la mano, la piedra del parapeto. Una de ellas es una anciana. Las otras dos son dos muchachas. Se detienen algunos instantes, me miran, y luego reanudan su trabajo.

Después de algunos momentos de silencio:—*Monsieur*, me dice la vieja en mal francés, ¿viene usted de la montaña? Yo le respondo en mediocre vascuence:—*Buy, bicho nequesa* (1). Las jóvenes se miran por debajo y se echan á reír.

Una es rubia, la otra morena. La rubia es la más joven y la más bonita. Su pelo peinado en una sola trenza por detrás, según la moda del país, toma en la cúspide de la cabeza un tinte amarillento, como esas trenzas de seda que se han dejado expuestas al aire desvaneciéndose el color. Por lo demás, la joven lavandera rebosa gracia con su saya encarnada y su cuerpo azul, los dos colores favoritos de las vascongadas.

(1) Sí, camino difícil.

Me acerco á ella, y trabo conversación en español:

—¿Cómo se llama usted?

—María Juana, para servirle, caballero.

—¿Qué edad tiene usted?

—Diez y siete años.

—¿Es usted del país?

—Sí, señor.

—¿Hija de artesanos?

—No, señor; soy batelera.

—¡Batelera! ¿Y no está usted en el mar?

—La marea es baja; y, además, hay que lavar la ropa.

Aquí la muchacha se anima y continúa por sí misma:

—Yo estaba en la playa el otro día, cuando llegó usted. Y le vi. Usted tomó primero á Pepa para pasarle; pero, como iba usted con el señor León, y como el señor León estaba ya embarcado y Manuela la catalana es su batelera, usted se pasó con Manuela. ¡Pobre Pepa! Pero usted le dió una peseta. ¿Te acuerdas, prosiguió volviéndose á su compañera, te acuerdas, María Andrés? El señor caballero había escogido primero á Pepa.

—¿Y por que la había escogido?

La muchacha me miró con sus grandes y cándidos ojos, y respondió sin vacilar:

—Porque es la más bonita.

Luego volvió á sacudir la ropa. La vieja, que había acabado su tarea y que se iba, dijo al pasar junto á mí:

—La *muchacha* tiene razón, señor.

Y así diciendo, puso la cesta en el suelo y se sentó al borde del sendero, clavando sobre las dos muchachas y sobre mí sus ojuelos grises, agujereados como con una barrenilla en medio de las arrugas.

—¿Quiere usted, le dije, que la ayude á ponerse la cesta en la cabeza?

—¡Mil gracias, caballero! Nadie me ayudó ayer, y nadie me ayudará mañana; vale más que nadie me ayude hoy.

—¿Cómo llamáis á esta hierba en español?, dije designándole los berros con la contera del bastón.

—*Verros*, señor.

—¿Y en vascuence?

Me respondió con una palabra muy larga, de la que no me acuerdo lo suficiente para escribirla.

Entonces me volví hacia las muchachas:

—María Juana, ¿cómo se llama su novio?

—No lo tengo.

—¿Y María Andrés?

—María Andrés tiene uno.

La joven dijo esto deliberadamente, sin vacilar, sin parecer sorprendida por la pregunta ni confusa por la respuesta.

—¿Cómo se llama el novio de María Andrés?

—¡Oh! Es un pescador, un pobre mozo. Es muy celoso. Mirad, está allí en la bahía; se le ve desde aquí en su barca.

Aquí la vieja volvió á tomar la palabra:

—¡Y afortunadamente no os ve á vosotras! ¡No estaría poco contento si viera á María Andrés reír y conversar con este señor! ¡Hablar con un francés, buen Jesús! ¡Más valdría charlar con los cuatro demonios del levante y del poniente, del norte y del mediodía!

Pasó un soldado, hice á las niñas un saludo con la mano, me lo devolvieron con una sonrisa, y proseguí mi camino.

IV

6 de agosto.—A las 3.

Oía cantar un gallo joven á lo lejos y seguía andando. He llegado aquí, por un camino muy áspero cortado en la roca por las carretas de bueyes, hasta una hondonada extrañamente salvaje. Las rocas que salen de las malezas, en la escarpada pendiente de la montaña, figuran todas cabezas gigantescas; hay cabezas de muerto, perfiles egipcios, barbudos silenos que se ríen entre la hierba, sombríos caballeros de severa máscara. De todo hay allí, hasta Odry, que se ríe burlescamente bajo una peluca de matas.

Por entre la hendidura de las dos montañas, á la derecha, diviso un brazo de mar, tres aldeas, dos ruinas, una de ellas un convento, un valle admirable y una cordillera de altas cumbres cubiertas de nubes.

El pueblo de Leso, que es el más próximo de los tres, posee una hermosa iglesia gótica de una masa simple y grave; parece una fortaleza. El mismo Dios vive en las ciudadelas, en este país donde la guerra no se extingue jamás en un rincón del horizonte sin encenderse en el otro.

A las 5 y media.

Aquí el espectáculo es de una magnificencia formidable. El horizonte se divide en dos pedazos, mar

y montaña. La playa se prolonga ante mí hasta perderse de vista. Hay el ángulo y la forma de la inmensa escarpa de una inmensa trinchera que la vegetación cubre de verdura. Un precipicio que tiene el mismo ángulo forma la contraescarpa.

De la parte de tierra, el mar asedia con rabia y socava esa trinchera, en cuya arista la naturaleza ha puesto un parapeto que parece construido con cartabón. La trinchera se derrumba aquí y allá á grandes trozos que caen en una sola pieza en el Océano. Figura unas pizarras de ochenta pies de longitud. En el punto donde estoy el asalto es furioso, la destrucción es terrible. Se ha abierto ya una brecha monstruosa.

Estoy sentado en la punta extrema de la roca á plomo que domina esa brecha. Un bosque de helechos llena la parte alta del derrumbamiento. Una multitud de encinas enanas, que el viento del mar siega á la altura del césped, crecen en torno mio. Cojo una linda hoja encarnada.

Imperceptibles barcos de pesca navegan en el fondo del abismo á mis pies; los sábalos, las lobinas y las sardinas brillan al sol en el fondo de las barcas como montones de estrellas. Las nubes dan al mar reflejos cobrizos.

A las 7.

El sol se pone. Yo bajo. Un niño canta en la montaña. Le veo pasar por el fondo de un camino encajonado, conduciendo seis vacas. Las almenas de la montaña dibujan sus extensas sombras sobre un campo rojo por donde pastan algunos carneros.

El mar es de un verde azulado. A cada momento va poniéndose más sombrío. El cielo se apaga.